

momento y que viene á confirmar todavía lo que queda expuesto: es el que nos enseña que sólo la voluntad es real, mientras que los objetos de la volición, que existen sólo en nuestro conocimiento, no son más que fenómeno, espuma, vapor, como el vino que servía Mefistófeles en la bodega de Auerbach; nosotros también, después de cada goce material, podemos decirnos: «Me parece, sin embargo, que bebía vino.»

Los terrores de la muerte dependen en gran parte de la falsa apariencia de que es el *yo* lo que desaparece, quedando el mundo. Lo contrario es la verdad; el mundo se desvanece, y lo permanente es la medula sustancial del *yo*, el sostén y el creador del sujeto, en la representación del cual consistía únicamente la existencia del mundo. Con el cerebro perece la inteligencia y con ésta el mundo objetivo, que no es más que su pura representación. Que en otros cerebros continúe viviendo y representándose un mundo semejante, es indiferente para la inteligencia que va á desaparecer.

Si la realidad verdadera no estuviese en la voluntad, si lo que sobrevive á la muerte no fuese la existencia moral, se deduciría, supuesto que la inteligencia su mundo perecen á la vez, que la esencia general de las cosas no era más que una sucesión de ensueños breves, agitados é inconexos, pues la permanencia de la naturaleza inconsciente está condicionada por la representación de la naturaleza consciente bajo la forma del tiempo. En semejante orden de cosas, el *alfa* y la *omega* del conjunto del universo sería un espíritu del mundo que, sin fin y sin resultado, no haría más que soñar ensueños, con frecuencia sombríos y abrumadores.

El individuo que experimenta las angustias de la

muerte, nos ofrece el espectáculo extraño y que casi debería dar risa, del Señor del universo, del que llena el mundo con su ser y por el cual existe toda cosa, desesperándose porque teme acabar y sumirse en el abismo de la nada eterna, cuando, en realidad, todo está lleno de él y no hay lugar donde no se encuentre, ni criatura en la cual no viva, pues no es la existencia quien le sostiene, sino él quien sostiene la existencia. Y, con todo, es él quien se desespera en el individuo á quien torturan las angustias de la muerte. Es que se deja engañar por la ilusión producida por el principio de individuación que le hace ver su existencia limitada á la del individuo que va á expirar. Esta ilusión forma parte del ensueño penoso en que está sumido como voluntad de vivir. Pero se podrá decir al moribundo: «Dejas de ser algo que te hubiera convenido más no haberlo sido nunca.»

Mientras no interviene la negación de la voluntad de vivir, ese elemento que se ve obligada á respetar la muerte, viene á ser el germen de una nueva existencia, tan fresca y tan primitiva, que el nuevo individuo, asombrado, empieza á meditar sobre sí mismo. De ahí viene esa disposición soñadora y exaltada de los jóvenes cuando la conciencia, todavía fresca, adquiere todo su desarrollo. Lo que el sueño es para el individuo lo es la muerte para la voluntad como cosa en sí. Sucumbiría á la pesadumbre si tuviera que continuar hasta lo infinito, y sin descanso, las mismas agitaciones y los mismos sufrimientos; si tuviera que conservar el recuerdo y la personalidad. Se despoja de ellos, se baña en el Leteo, y reanimada por el sueño de la muerte, provista de una inteligencia distinta, aparece como un nuevo individuo; *que un nuevo día lleva á nuevas playas.*

Como afirmación de la voluntad de vivir el hombre toma su existencia de la especie. Para ésta, la muerte consiste en perder una individualidad para revestirse de otra, es un cambio de individualidades traído exclusivamente por su propia voluntad. En ella reside la fuerza que ha podido producir la existencia con su *yo*, pero que, dada la naturaleza de ese *yo*, no basta para mantenerla. La muerte es, en efecto, el *mentis* que recibe la *essentia* de todo ser á sus pretensiones á la *existentia*; pone de relieve la contradicción que hallamos en el fondo de toda existencia individual:

... pues todo lo que nace  
merece perecer...

Pero esta misma fuerza, la voluntad dispone de una multitud infinita de existencias semejantes, con su *yo*, las cuales serán igualmente efímeras y vanas. Y como cada *yo* tiene su propia conciencia, esa multitud innumerable no se distingue, de una conciencia única. Desde este punto de vista parece que no es un mero azar que el vocablo latino *aevum* y el griego *αιων* signifiquen á la vez la duración de una vida individual y la eternidad. Esto nos deja entrever vagamente que en el fondo ambas cosas son idénticas y que no hay diferencia, en este concepto, entre vivir el espacio de una vida humana y vivir un tiempo infinito.

Es cierto que no podemos representarnos bien lo anterior, sin unir la noción del tiempo, aunque ésta deba ser excluida, cuando se trata de la cosa en sí. Pero los límites inmutables de la inteligencia hacen que no pueda despojarse enteramente de aquella forma primera y la más inmediata de todas sus representaciones, para operar luego sin ella. Por eso nos vemos forzosamente conducidos á una especie de

metempsicosis, mas con la importante diferencia de que no abarca la  $\psi\chi\eta$  entera, es decir, que no concierne á la inteligencia, sino sólo á la voluntad, lo cual descarta las ineptias con que se acompaña la doctrina de la transmigración de las almas. Una segunda diferencia existe, por cuanto tenemos conciencia de que la forma del tiempo no interviene en esto más que como un acomodamiento inevitable, debido á la limitación de nuestra inteligencia. Si, además, llamamos en nuestra ayuda la circunstancia de que trataremos en el capítulo 43, á saber: que el carácter ó voluntad viene del padre y la inteligencia de la madre, no será contrario á nuestras miras afirmar que la voluntad humana, individualmente y en sí, separándose por efecto de la muerte de la inteligencia heredada de la madre en el momento del nacimiento, adquiere con un nuevo nacimiento una nueva inteligencia por efecto de su constitución actualmente modificada y guiada en esto por el curso natural y necesario de las cosas que siempre marcha en armonía con esa constitución; de suerte que con esa nueva inteligencia se producirá un nuevo ser, que no conserva ningún recuerdo de una existencia anterior, porque la inteligencia, que es la única dotada de memoria, es la parte precedera. Para designar esta doctrina, el nombre de palingenesia es más exacto que el de metempsicosis. Estos renacimientos perpetuos formarían así los ensueños de vida que una voluntad, indestructible en sí, soñara sucesivamente hasta el instante en que, iluminada ó mejorada por las numerosas y diferentes inteligencias que hubiera poseído bajo formas siempre nuevas, se decidiese á suprimirse á sí misma.

Estas ideas son igualmente las de la verdadera doctrina esotérica, por decirlo así, del budhismo, tal como

nos la dan á conocer las nuevas investigaciones, pues lo que aquél enseña no es la metempsicosis, sino una palingenesia especial, basada sobre la moral y desenvuelta y explicada con gran profundidad de pensamiento. Puede verse esto en la notable exposición, digna de ser leída, que hace Spence Hardy en su *Manual of Buddhism*, y que confirman Taylor en su *Prabodh Chandro Daya*, Sangermano en su *Burmese empire* y las *Asiatic researches*, en diferentes pasajes de los volúmenes 6.º y 9.º También se hallarán útiles noticias sobre este punto en un excelente resumen del budhismo, escrito en alemán por Köppen. Sin embargo, como esta doctrina es demasiado sutil para las masas, se las enseña la metempsicosis, que la reemplaza en una forma más comprensible.

Por otra parte, no olvidemos que hay hasta razones empíricas que militan en favor de la palingenesia. Es un hecho que existe cierta relación entre los nacimientos y las defunciones, que se manifiesta en la gran fecundidad humana que sucede á alguna epidemia devastadora. Cuando en el siglo XIV la peste negra despobló gran parte del antiguo continente, sobrevino una fecundidad extraordinaria del género humano y los nacimientos dobles fueron muy frecuentes. Una circunstancia muy extraña de aquel acontecimiento fué que ninguno de los niños nacidos en aquella época llegó á tener todos los dientes; la naturaleza, obligada á una producción extraordinaria, economizaba, sin duda, en los detalles. Así lo refiere F. Schnurer en la *Crónica de las epidemias*, 1825. Casper dice también (*De la duración probable de la vida humana*, 1835) que el número de nacimientos, en una población dada, ejerce una influencia de las más decisivas sobre la duración de la vida y la mortalidad; que la natalidad ca-

mina al compás de la mortalidad, de manera que los nacimientos y las defunciones aumentan y disminuyen siempre y en todas partes en la misma proporción, y cita en apoyo de su parecer pruebas numerosas é indubitables recogidas en diferentes países y en sus distintas provincias. Y sin embargo, es imposible que exista una conexión causal física entre mi muerte y la subsiguiente fecundidad del lecho conyugal de un tercero, ó viceversa. Es este un caso en que indudablemente y de una manera que nos llena de asombro, un principio metafísico viene á explicar directamente un hecho físico.

Todo ser nacido, entra sin duda en la vida con júbilo, y goza de ella como de un don gratuito, pero ni hay ni puede haber en esto nada de gracioso. La nueva existencia se paga al precio de otra que ha envejecido y desaparecido, pero que contenía el germen incorruptible del cual nació la nueva criatura. Ambos son un mismo ser. El que llegase á descubrir el intermediario que sirve para efectuar la transmisión descubriría ciertamente un misterio bien oculto.

La verdad de la doctrina que acabo de exponer, nunca ha sido desconocida por completo, aunque no se haya sabido darla su significación exacta y completa, pues esto sólo es posible con mi teoría de la naturaleza primordial y metafísica de la voluntad, y de la condición orgánica y puramente secundaria de la inteligencia. Vemos, en efecto, que la metempsicosis data de los tiempos más remotos y más nobles de la humanidad, y que ha reinado en todas las épocas como artículo de fe entre la gran mayoría de los hombres, y hasta podría añadir que como dogma de todas las religiones, á excepción del judaísmo y las dos religiones que de él se derivan; pero, como antes dije, en

el budhismo es donde ha revestido una forma más sutil y que más se acerca á la verdad. Mientras que los cristianos se consuelan con la esperanza de volver á verse en el otro mundo, donde las gentes se encuentran y se reconocen en su propia y completa persona, según las otras religiones, se encuentran, en efecto, pero de incógnito; en el ciclo de los nacimientos, y en virtud de la metempsicosis ó palingenesia, las personas que se hallan actualmente en estrecho contacto con nosotros, volverán también al mismo tiempo que nosotros á la tierra en el próximo nacimiento y tendrán relaciones y sentimientos idénticos á los actuales, ya hayan sido amistosos ya hostiles para con nosotros. (Spence Hardy, *Manual del Budhismo*, página 162.) Este reconocimiento mutuo se limita en verdad, á un vago presentimiento, á una reminiscencia de que no podemos darnos cuenta con claridad, y cuyo objeto parece existir allá en el fondo de un pasado infinitamente lejano—salvo para el budha, que tiene el privilegio de conocer distintamente sus propias encarnaciones y las de los demás.—Todo esto se encuentra descrito en los *Iatakas*.

Efectivamente; cuando en ciertos momentos de favorable disposición de inteligencia se examina objetivamente, y en toda su realidad, la conducta de los hombres, no se puede desechar la convicción intuitivamente adquirida de que son siempre los mismos, no solamente en cuanto á la idea (platónica), sino también en cuanto á su esencia. La generación presente es directa y sustancialmente idéntica á todas las que la precedieron. ¿En qué consiste esa esencia? Toda la cuestión está en esto, y ya se sabe cuál es mi respuesta. La convicción intuitiva de que acabo de hablar puede atribuirse á que en esos momentos de fa-

vorable disposición, el espacio y el tiempo, esos cristales de aumento sufren una intermitencia en su actividad.

Obry, en su excelente obra *Del Nirvana indio*, hablando de la universalidad de la creencia en la metempsicosis, dice con razón: «Esta antigua creencia ha dado la vuelta al mundo y estaba tan difundida en la remota antigüedad, que un docto anglicano la juzgaba sin padre, sin madre y sin genealogía.» (T. Burnet, en Beausobre, *Historia de Maniqueo y del maniqueísmo*, II, p. 391.) Enseñada ya en los Vedas y en los demás libros sagrados de la India, la metempsicosis es conocida en el mundo entero por ser la sustancia del brahmanismo y del budhismo; reina todavía en toda la parte de Asia que no ha aceptado el Islam; por consiguiente, inspira á más de la mitad de la población del globo una fe arraigada, y ejerce sobre sus adeptos una influencia poderosísima. Fué también dogma entre los egipcios (Herodoto, II, 123), de los cuales Orfeo, Pitágoras y Platón la tomaron con entusiasmo; en particular, los pitagóricos creían en ella firmemente. Resulta de un modo indudable del noveno libro de Platón, que era enseñada también en los misterios de los griegos. Nemesius dice, confirmando: *Communiter igitur omnes Graeci qui animam immortalem statuerunt, eam de uno corpore in aliud transferri censuerunt*. También el Edda, sobre todo en la Voluspa, enseña la metempsicosis. Era igualmente la base de la religión de los Druidas (César — *De bello gallico*, VI; A. Pictet. *El Misterio de los bardos de la isla de Bretaña*.) Hasta existe una secta mahometana, en el Indostán, llamada de los Bohrahs, que profesa la metempsicosis y se abstiene, en consecuencia, de todo alimento animal; Colebrooke habla largamente de esta secta en las *Asiatic researches*. Igualmente se

encuentran huellas de esta creencia entre las poblaciones americanas, entre los negros y hasta entre los australianos, como puede verse en el *Times* del 19 de Enero de 1841. El periódico inglés, al describir minuciosamente la ejecución de dos salvajes australianos, sentenciados por asesinato é incendio, se expresa así: «El más joven de los dos arrostraba su suerte con aire resuelto y firme, que dependía quizá de una preocupación de venganza, pues por las pocas palabras inteligibles que pronunció, pudo comprenderse que esperaba resucitar blanco, y que esto era lo que le daba tanta resolución.» En una obra sobre la Australia, de 1853, Ungewitter refiere que los papúas de Nueva Holanda toman á los blancos por antepasados que han vuelto á la tierra.

Todo esto prueba que la creencia en la metempsicosis es una convicción que se forma naturalmente en el espíritu del hombre, en cuanto empieza á meditar sin preocupaciones adquiridas de antemano.

Ella es, realmente, y no las tres sedicentes ideas de la razón de Kant, una hipótesis filosófica natural en la razón y nacida de las propias formas de ésta. Donde no reina esta doctrina, es porque ha sido descartada por alguna otra doctrina religiosa venida después. He observado también que es inmediatamente comprensible hasta para aquellos que oyen hablar de ella por primera vez. Hay que ver el calor con que Lessing la defiende en los siete últimos párrafos de su *Educación del género humano*. Lichtenberg dice en su autobiografía: «No puedo librarme del pensamiento de que he estado muerto antes de venir al mundo.» El mismo Hume, á pesar de su empirismo exagerado, se expresa así en su tratado escéptico sobre la inmortalidad, página 23: «La metempsicosis es, pues, el único siste-

ma de este género al cual puede conceder atención la filosofía (1).»

El adversario de esta creencia tan difundida y tan evidente para los hombres ilustrados y para las masas, es el judaísmo con las otras dos religiones que de él se derivan; estas religiones enseñan, en efecto, que el hombre ha sido creado de la nada, y le dejan después la difícil tarea de conciliar con esta creencia la fe en una inmortalidad *a parte post*. Estas religiones han conseguido, á sangre y fuego, expulsar de Europa y de una parte de Asia la antigua y consoladora creencia en la transmigración de las almas, pero falta todavía saber por cuánto tiempo. La historia de los primeros tiempos de la Iglesia nos muestra con cuántas dificultades tropezó esta empresa: la mayor parte de los herejes, tales como los simonianos, basilidianos, valentinianos, marcionitas, gnósticos y maniqueos, admitían la metempsicosis. Los mismos judíos habían admitido alguna parte de ella, según refieren Tertuliano y Justino (en sus *Diálogos*). El Talmud cuenta que el alma de Abel pasó al cuerpo de Seth y después al de Moisés. El pasaje de la Biblia que hallamos en el Evangelio de San Mateo, XVI-13-15, no ofrece sentido racional alguno si no se admite que ha sido escri-

(1) Este tratado póstumo se encuentra en los *Essays on suicide and the immortality of the soul*, por David Hume, en Basilea, 1799. Gracias á esta reimpresión, dichas dos obras, de uno de los mayores pensadores y escritores ingleses, han podido salvarse de la destrucción, pues en su patria, á consecuencia de la estúpida y despreciable mojigatería que reina, y por la influencia de una clerigalla poderosa y audaz, habían sido suprimidas, para eterna vergüenza de Inglaterra. Ambas obras son disertaciones, serena y fríamente razonadas, sobre la inmortalidad y el suicidio.